

Elvira Collados de Jara

Ruta literaria en España



PARTIMOS de la capital una mañana de primavera con una brisa deliciosa y un cielo escandalosamente azul. ¡Daba alegría rodar por esos caminos! Al llegar a cada población y al salir de ella había un letrero de azulejos donde se veía un huaso a caballo y podía leerse “Abonad con nitrato de Chile”. Nos acompañaba el saludo de la patria.

Así llegamos a Avila, cuna de Santa Teresa, con sus murallas completas aunque en parte restauradas. Antes de transponer su soberbia puerta de San Vicente nos detuvimos en un punto desde el cual se aprecian tres costados de su contorno; el espectáculo es de un efecto formidable para quienes, como nosotros, americanos, de la Edad Media sólo tenemos una experiencia indirecta: la conocemos de oídas o por medio de lecturas; es una realidad, pero entrevista en la bruma y en ella semidiluida; una realidad hecha de conceptos y de imágenes, no esta ingente realidad de piedra que emerge del pasado y coincide prodigiosamente con la que llevamos dentro, pergeñada en el fondo de nuestra fantasía y allí latente y sumergida.

En las estériles proximidades de Avila la piedra abunda, por eso la ciudad ha sido edificada con este noble material y por eso —en parte— se la ha llamado “ciudad de santos y de cantos”. Aquí no se puede hablar de monumentos: toda ella es un sólo monumento vivo. Edad Media y Renacimiento se detuvieron aquí y aún perviven; aque-

llas épocas hallaron aquí su vital expresión; sus hombres dijeron aquí, tallada en piedra, la palabra que los definía, y no se ha agregado nada más, como si fuera irrefutable en su sustancia y perfecta en su forma y su color.

La Catedral ostenta un magnífico retablo de Berruguete; una de las capillas era lugar predilecto de Santa Teresa; allí está el desteñido cuadro de la Virgen a la que ella se encomendó cuando —a los doce años— perdió a su madre. Subimos a la torre y contemplamos el histórico reducto avilense desde la parte más alta de la alta ciudad edificada sobre una suave colina; la circunda una extensa tierra de violento tono pardo bajo el crudo sol, un tono rudo que al declinar el día se suaviza en los más delicados matices del ocre y del violeta. Entonces, urbe y llanura se cubren de un silencio invulnerable e incorruptible. Cuelga a mi alcance el extremo de la cuerda de una campana, hubiese querido tirar de él; la campana habría sonado larga y pesadamente y su resonancia se habría disipado hacia el horizonte en la quietud soleada del día pleno, pero la ciudad no habría despertado de su reposo secular. Como si hubiese realizado mi deseo, una cigüeña que —erguida sobre una pata— cuidaba a sus cigüeñitas, pareció asustarse de quizás qué imperceptible rumor e inició el grávido vuelo de sus grandes alas; pronto se cercioró de que no pasaba nada y volvió muy tranquila al lado de su progenie.

Visitamos el primer convento que fundó la Santa y —fuera del sector urbano— aquel donde pasó la mayor parte de su vida y desde el cual salía a sus incansables andanzas y trajines; luego, la iglesia donde fue bautizada. Hubiéramos querido detenernos en las plazuelas, caminar lentamente por las estrechas y empedradas calles trazadas al capricho de los desniveles del terreno; asomarnos a esos anchos portales con escudos y enormes cerraduras como para las llaves de San Pedro. Pero viajar es renunciar, y al alejarnos de una de las ciudades más saturadas de recuerdos, pasado el río Adaja que la flanquea, la miramos de nuevo unos instantes: se erguía oscura, indeleble y misteriosa.

Llegamos a las altas montañas y nos detuvimos en el Parador de

Gredos, en un hotel moderno edificado sobre una eminencia separada de otra altura aún mayor por un hondo y fértil valle; vino a mi memoria la frase "Editorial Gredos" y me complació mucho la asociación: cada vez que tenga, en adelante, bajo mis ojos, uno de sus libros, se levantará ante ellos la egregia cumbre nevada y el grandioso paisaje que la rodea y además todo ese inefable y sugestivo aliento que se encuentra por doquier en la tierra española. Así como un rostro no es sólo el conjunto de sus facciones y de sus líneas, así también el paisaje escapa a la enumeración de sus elementos; una emoción contenida, entrañable, sobrecoge nuestro espíritu; y ya puedo afirmar que la palabra "Gredos" producirá siempre en mi corazón una fluencia de belleza y de serenidad.

A media tarde partimos hacia Plasencia, fundada en el siglo XII por Alfonso VIII. Nos paseamos al atardecer por un magnífico parque ribereño del río, donde se veían esas parejas de enamorados que hay a esta hora en todas partes del mundo en todo parque que se respeta. Una alta muralla de lejanos siglos semiderruida lo iba guarneciendo, majestuosa. En los alrededores, ruinas conservadas con veneración, y entre ellas, hogares y flores, geranios y claveles, claveles y niños, proliferación de niños y corolas, generosidad de la vida triunfando sobre el paso corrosivo del tiempo, pues ella es tan implacable como la muerte. Esta eclosión entre las ruinas es de una vigorosa hermosura que deleita y exalta; la fórmula es simple: sobre un fondo de melancolía, un dichoso e ingenuo florecer, pero se necesita un paisaje y la colaboración de unas cuantas generaciones. Desde la terraza del paseo se ven, abajo, el campo y el río; un campo como hecho de retazos de colores, y el Jerte, un río como hecho de una sola pieza, limpio y fulgente como una espada.

Felipe V, el monarca en cuyo tiempo se fundaron las academias y quien trajo el gusto francés a las letras españolas, residió, largamente en Plasencia, la ciudad rica en tesoros arquitectónicos y escultóricos entre los cuales se destaca su imponente Catedral de fines del siglo XV y cuya plaza Mayor evoca con insistencia los autos sacramentales que en ella se representaban. Fuimos a muchas casas de

condes, duques y marqueses, y a la casa de las Argollas, donde se refugió para casarse con el Rey de Portugal, Alfonso V, doña Juana la Beltraneja, hermana y rival de Isabel la Católica.

No pudiendo, por desgracia, pasar a Yuste, que se halla a corta distancia, seguimos a Cáceres... pero en el camino nos detuvimos ante uno de los castillos que se dispersan en la lisa extensión, y entramos, sin permiso y con miedo de los perros, y pedimos que nos permitieran visitarlo. Había ciervos y cervatillos, una pareja de elegantísimos galgos y, adentro, panoplas, arcas, bargueños, hierro forjado, piedra y madera labradas y, en el patio, un aljibe con su brocal de menudo y rojo ladrillo y su aro de hierro. Algunas de estas cosas las habíamos visto ya muchas veces, pero en los museos; aquí, en cambio, cumplían sus tradicionales funciones, como si nada hubiese ocurrido en el mundo, ni la aviación, ni la radio, ni la bomba atómica, nada: allí estaban la chimenea, las provisiones pendientes del techo de la cocina y los fieles servidores que custodian los bienes de su ausente señor.

—Ahora sólo quiero carretera —dijo el chofer y se puso a devorar kilómetros; el camino cortaba en dos la planicie maravillosamente florecida (no olvidéis que fue en la primavera). ¡Cuántas, cuántas flores de maduro color! Entre ellas, la jara, de pétalos blancos en torno a un centro amarillo y en forma de tacita de café.

De este modo llegamos a Cáceres, que contiene el conjunto de monumentos artísticos más completo del país. Allí se puede estudiar la evolución del arte desde el estilo romano hasta el churrigüesco. No lejos de Cáceres se encuentra Mérida, donde admiramos el teatro y el anfiteatro romanos. No es el teatro como el de Sagunto, cerca de Valencia, una pura galería semicircular de piedra: aquí se ven enhiestos el escenario y las dos hileras de columnas de mármol y una infinidad de estatuas de diosas, dioses, héroes, artistas, políticos, emperadores y matronas; hay capiteles intactos con sus hojas de acanto; capiteles tronchados con su hojas rotas, y restos de muralla policromada: una riqueza fabulosa. Hay hacinamientos de trozos de mármol que un día fueron parte de pies, de cabelleras, que aún conser-

van la curva de un escorzo o de una flexión; algunos, pequeños, cabrían perfectamente en nuestro bolsillo; los contemplamos con ojos llenos de codicia, pero... ¡qué celosos son estos cuidadores! ¿Se habrán dado cuenta de que soy chilena?

Después, carretera, y a las cuatro almorzamos en un restorán de Trujillo, patria de Francisco Pizarro. En la plaza principal, la estatua ecuestre del Conquistador; a un lado, formando esquina, su casa, con el escudo que le otorgó Carlos V. En una empinada calle, la casa de Orellana, conquistador del Amazonas. Desde el elevado castillo contemplamos morosamente la caída de la tarde sobre el tapizado llano donde culebrea hasta esfumarse en el horizonte la ruta de los conquistadores, la que siguieron Pizarro y los suyos rumbo Sevilla, a fin de embarcarse para la gran aventura.

Al anoecer continuamos hacia Guadalupe y llegamos al encumbrado Monasterio cuando la noche cerrada lo cubría, después de cruzar bosques en los que también habrían podido cantar sus cuitas Salicio y Nemoroso. A la radiante mañana que siguió vimos alzarse contra el cielo nítido la más arrogante y bella torre de nuestro recorrido, y nos extasiamos ante una colección de vestiduras sagradas bordadas al matiz como si fuesen acuarelas, y de libros de coro miniados con amorosa prolijidad. También admiramos los suntuosísimos mantos de la Virgen en los que la tela está completamente cubierta de hilos de oro y de piedras preciosas; uno de ellos se hizo del traje de novia de la princesa Clara Eugenia, hija de Felipe II, quien lo regaló a la Virgen de Guadalupe, que es muy diferente de la mexicana. Desde luego no tiene su color moreno y es más pequeña; luce el manto en forma de cono truncado y sostiene sobre la cabeza una hermosa corona.

Regresamos presintiendo entre las ramas el leve paso de Galatea; los campesinos forman las gavillas y las amapolas revientan su airebatado color en la dorada extensión. Luego pueblos, pueblos tristes: piedra, ladrillo y adobe, ¡qué distintos de los immaculados pueblos de Andalucía!

Llegamos a Lagartera, patria de los famosos manteles; por fin,

Oropesa, en cuyo castillo se ha instalado un confortable albergue; más tarde la meseta lisa como la palma de la mano, el solitario pastor con sus ovejas y... Talavera de la Reina, de prestigiosa cerámica, con cuyos antiguos ejemplares se honran los museos, y donde se halla la casa de Francisco de Aguirre, fundador de La Serena.

De noche, entramos a Madrid por el camino de Carabanchel, por una estupenda avenida en descenso; los jardines están oculta-mente iluminados entre el césped; en las fuentes se baña, desnuda, la luz, y el agua salta gozosa sonando dulcemente sobre el mármol; contra los mayores edificios se proyectan potentes reflectores y les dan una apariencia de ingravidez en la noche azulada; la iglesia de los Jerónimos, ojival, inundada por un derroche de haces luminosos, parece posarse levemente entre el follaje en una tregua de su silenciosa jornada, entre las dos construcciones neoclásicas de la Real Academia y del Museo del Prado. Madrid se prepara para celebrar sus fiestas patronales y para recibir a un emperador y a una emperatriz de Oriente. He aquí una realidad cierta y tangible que se parece mucho a una ensoñación.

* * *

El viaje a Andalucía fue en abril, con el objeto de pasar en Sevilla la Semana Santa. Sevilla tiene —como casi todas las ciudades españolas que conozco— el encanto de su irregularidad, no es una ciudad trazada a escuadra, como nuestro Santiago. Contemplada desde lo alto de la Giralda, se ve dispuesta caprichosamente en las márgenes del Guadalquivir, como si desde allí hubiésemos arrojado al suelo una gran brazada de rosas y claveles y algunos hubiesen caído al río y navegaran, como serenas naves. La Giralda está junto a la Catedral, y en torno a ambos edificios, no se desparrama, sino se aprieta la bulliciosa población, en la cual, como en toda Andalucía, predomina el color blanco. Los geranios y los claveles que descenden de los balcones harían pensar que Sevilla se ha engalanado para esta

ocasión, pero no es así: lo que ocurre es que Sevilla siempre está de fiesta.

Las avenidas principales siguen la ondulación del río y hay abundancia de jardines y parques copiosamente floridos, pero lo más típico y agradable de Sevilla, son sus rincones, sus laberínticas callejuelas, sus pequeñas plazas, como la de doña Elvira, en uno de cuyos ángulos se levanta la curiosa arquitectura de la casa de los hermanos Alvarez Quintero.

Desde una excelente ubicación, junto a la Catedral, contemplamos el desfile de los "pasos", andas sobre las cuales va una escena de la Pasión o un Crucifijo o una imagen de la Virgen. Las escenas de la Pasión constan de gran número de personajes, algunos montados a caballo, todo de tamaño natural y aun algo exagerado. Las andas, los palios y el aderezo de las vírgenes, son de una riqueza indescriptible. Sólo las joyas de la Macarena, la virgen más amada de los sevillanos, están valuadas en más de veinte millones de pesetas, sin contar ni su enorme manto, ni su palio, uno y otro de encaje bordado en oro, ni sus andas y candelabros de plata, ni su vestido, que ya lo quisiera Grace Kelly. La Virgen de Triana rivaliza con la Macarena, pero, por ser más nueva, es menos rica.

De lunes a sábado hemos visto desfilar cinco o seis procesiones diarias. Cada una comprende tres pasos y éstos van precedidos de dos largas filas de nazarenos vistiendo sus severos hábitos de seda o terciopelo, con el rostro cubierto y encapuchados; tras de la imagen van los penitentes con sus sencillos hábitos negros, la cara oculta por una máscara oscura, descalzos en su mayor parte; algunos cargan pesadas cruces.

Cuando las andas se detienen para el descanso de sus portadores, se oyen las desgarradoras saetas y su aguda punta rasga las entretelas del alma. El paso que precede a la Macarena representa a Jesús escuchando su sentencia; va escoltado por una centuria romana; guiados por la banda, los antiguos soldados imperiales avanzan con paso marcial; en esta semiprimavera gris, los cascos y escudos relumbran al aúreo reflejo del sol. La procesión salió la madrugada del jueves

a las dos, y entra a su iglesia, de retorno, el Viernes Santo a mediodía. Antes de desaparecer de la vista de los fieles, los portadores imprimen a las andas un balanceo que llaman "mecer a la Virgen", y esta operación se repite una y otra vez por exigencia de la multitud. Desde la terraza vecina donde nos hemos ubicado, vemos el inmenso gentío multicolor ceñido en las estrechas calles movido por una extraña exaltación que tiene mucho de mística y algo de pagana; una compleja amalgama de sentimientos se caldea en el aire vibrante de la mañana meridional; por momento planea un silencio de una densidad y de una tensión sobrecogedoras, sordamente quebrado por el redoble de los tambores y el paso acompasado de los centuriones; de repente, el lamento de una saeta va taladrando la tamizada luz; la atmósfera, con su angustioso conflicto entre nubes y sol, participa activamente en la tragedia.

La Macarena es mecida en el umbral de su templo y entonces se oye murmurar las más tiernas despedidas: "¡Macarenita mía, Macarenita!" "Hasta el año que viene, Macarenita", "Macarena salada, flor de Sevilla". "Reina, gitana, sultana mora".

La figura de la Virgen es bellísima, muy esbelta; su rostro es puro, pálido y alargado; perlas oblongas imitan lágrimas deslizándose por sus mejillas; en la corona predominan esmeraldas y rubíes, se diría llena de reverberantes gusanos de luz; sobre el pecho refulge la iridiscente cacha del puñal que lacera su corazón; sus dedos no se ven bajo la carga de anillos deslumbradores, y de su antebrazo penden rosarios de oro, de nácar, de azabache, de cristal. Sólo para admirar el labrado de sus andas de caoba, plata, ébano y marfil, necesitaríamos días y días, y nos confundiríamos, pues no es posible retener mentalmente el afebrado modo que halló este amor para hacerse concreto.

En oposición a este homenaje de riqueza y fantasía, los Cristos son de sobriedad, severidad y dolor impresionantes. No llevan palios ni luces; las calles están en cerrada penumbra; sólo los reflectores alumbran el paso de la Cruz con su divina carga agonizante, y la decidida luz, recortándola en la oscuridad, deja caer sobre ella un

golpe de trágica belleza. Cuando, a medianoche, el Cachorro, el más hermoso, el más desolado, el más desesperante de los Cristos de Sevilla — y a la vez el regalón de los sevillanos— pasa el puente, El y toda aquella dolida multitud que lo acompaña se refleja en el río quieto y profundo, y el espectáculo se torna de una originalidad y grandeza inolvidables.

El Archivo de Indias se encuentra en un edificio imponente y austero, de noble elegancia. Uno de sus salones de exhibición exponía en aquella oportunidad, cómo documentos de interés para el reciente Congreso de Municipalidades, los planos de algunas ciudades americanas en el siglo XVIII, entre ellos el de Santiago. Pudimos leer cartas de Pedro de Valdivia, de Hernán Cortés, de Núñez de Balboa... pero el documento más atrayente de todos, atrayente y conmovedor, fue para mí la carta, ligeramente borrosa, escrita con tinta hoy pardusca y tendido y accidentado trazo, dirigida por Miguel de Cervantes a Felipe II, en la cual le pide un empleo en las Indias. El Rey ha escrito o mandado escribir, bajo la firma inmortal: "Busque otra cosa en que se le haga merced". Esta decepcionante respuesta nos llena de tristeza y de ternura.

Las ruinas de Itálica, el incomparable Alcázar, los numerosos museos, el parque de María Luisa, el abierto y jovial carácter de los sevillanos, serían motivos para detenernos regocijadamente en el recuerdos de esta ciudad tan llena de vida y de sentido, y por la que no es posible pasar sin un pensamiento para Gustavo Adolfo Bécquer y para Rodrigo Caro, dos grandes poetas curiosamente melancólicos, curiosamente mesurados, en esta tierra alegre y apasionada, pero, ¿no serán su lirismo y sus reflexiones una quintaesenciada pasión expresada con suprema dignidad y señorío?

Granada —aparte del hechizo que ejercía sobre mí por motivos familiares, sin contar su egregia hermosura tanto artística como natural— evocaba el recuerdo de una de mis obras predilectas en la literatura española: los romances, y en especial, en esta ocasión, los romances moriscos. Contemplando la tranquila majestad de la Alhambra desde el Albaicín, venían a mis oídos los dolientes suspiros

de aquel desgraciado señor "...que lloraba como un niño lo que no supo defender como un hombre: ¡Ay de mi Alhama!" A los pies del Albaicín hay una profunda quebrada, más allá se alza otra vez la tierra en una comba suave pero muy henchida, cubierta de sombrío verdor, y sobre la verde redondez, roja, vibrante, señorial, imbatible, airosa y señera, yergue la Alhambra sus muros y sus torres, gloriosamente, segura de su imponderable y rotunda belleza; y por sobre la Alhambra, a mayor altura, está el Generalife, y a los pies de ambos, el valle infinitamente dilatado, todo intensamente verde, con sus pueblos como cándidos grupos de palomas detenidas en reposo y en arrullo. De todo este milagroso conjunto de silencio y tranquilo color emana una misteriosa quietud que trasciende los poros del alma, la reconforta y la hechiza: es el "almo reposo" de Fray Luis, la "soledad sonora" de San Juan, una paz vivificante que compensa de toda congoja; el tiempo se detiene y una certidumbre de eternidad posa sus dulces manos sobre nuestra cabeza.

En pleno centro comercial hay una interesante reminiscencia árabe, el Patio del Carbón, y los dos templos más importantes, la Catedral y la Capilla Real, están rodeados de tiendas y mercados. Este hecho me sorprendió dondequiera que lo vi: la vida pululando, la vida creciendo con su pujanza y su adorable lozanía entre y sobre los recuerdos de generaciones que ya no viven sino en la perennidad de sus obras. ¡Cuánto de valor debería ser capaz de referir quien tuvo el privilegio de visitar estos lugares acerca de las preciosas reliquias que estos dos templos atesoran; yo me limitaré a mencionar las estatuas yacentes de los Reyes Católicos sobre sus propios sepulcros, con sus cabezas apoyadas sobre sendos cojines fingidos en el mármol; el que sostiene la cabeza de Isabel está más hundido, con ello el artista ha querido significar que era más inteligente que su augusto esposo y este simpático detalle sugiere el dístico: "Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando".

Entre los escritores cuya presencia nos sale al paso en Granada quiero destacar a Angel Ganivet y a Federico García Lorca, ambos de tan eminente labor como trágico destino. Traté a familiares y

amigos de ambos artistas y confirmé lo que ya conocía desde lejos: la profunda inquietud por la suerte de la patria que atormentaba a Ganivet y que contribuyó a su desesperado fin, y la jovialidad, la cordialidad, la grande y espontánea capacidad creadora que brotaba de la animada charla de Federico.

A continuación, Córdoba: Córdoba y Góngora son palabras gemelas. ¡Qué extraña predestinación eligió la misma oronda eufonía para el nombre del poeta y el nombre de su patria! y, ¿cuándo, cómo en este caso, ha sido una poesía tan semejante a la ciudad donde ha nacido? Decir Góngora es decir columnas y rosas junto al Guadalquivir, y la fugacidad de las incontables rosas se compensa con la inalterable permanencia de las columnas en el templo vasto, hondo y resonante de un pasado que día a día se hace viva actualidad. Córdoba en primavera es ese goce de vivir que aconsejaba el poeta a la rosa que esplende y se marchita, y considerando cómo las columnas se sustentan y perduran con su grácil elevación y muchedumbre, pienso con alegría que si la rosa muere, aún vive y vibra el canto que ella inspiró, porque el producto del espíritu viene dotado de una volición y de una ineludible misión de eternidad. Estas de la Mezquita son las mismas columnas que Góngora vio crecer y multiplicarse en rigurosas perspectivas en un rojo bosque de piedra apasionado que parecía arder en fulgurante llama, y aunque las rosas ya no son las mismas que él urgió a gozar la dicha sin retorno, ¡nunca una primavera llegó sin sus rosales!